

Pepa Bueno

Vidas

arrebatadas

Los huérfanos de ETA

Prólogo de
**Manuel
Jaboís**



La tragedia de un día. El drama de dos vidas. Dos niños inocentes, sin el calor de la familia y sin la protección de las instituciones.

El 11 de diciembre de 1987, José Mari tenía trece años, y Víctor, once. Residían con su familia en la casa cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza. Poco después de las seis de la mañana el edificio voló en pedazos. Solo una pared quedó en pie. En ella se apoyaban las camas de José Mari y Víctor, que, tras la explosión, despertaron para encontrarse sobre un abismo de escombros. Aún no sabían que su madre, su padre y su hermana de siete años acababan de morir.

Con la serenidad del buen periodismo y emoción contenida, Pepa Bueno narra la historia de los dos hermanos, hoy jóvenes retirados que todavía luchan con sus fantasmas. «Cuando los focos se apagan, a las familias de las víctimas les toca seguir tirando, repartiendo de nuevo las cartas de la vida».

«Esta es la historia de una herida incurable, la de dos hermanos que de niños sobrevivieron al atentado contra la casa cuartel de Zaragoza, en el que perdieron a sus padres y a su hermana pequeña. Un testimonio sin tapujos, de una alta carga humana, tan doloroso como conmovedor».

FERNANDO ARAMBURU, autor de *Patria*

Las cicatrices

No hay cicatriz, por brutal que parezca,
que no encierre belleza.
Una historia puntual se cuenta en ella,
algún dolor. Pero también su fin.
Las cicatrices, pues, son las costuras
de la memoria,
un remate imperfecto que nos sana
dañándonos. La forma
que el tiempo encuentra
de que nunca olvidemos las heridas.

PIEDAD BONET,
Explicaciones no pedidas (Visor, 2011)

Prólogo

Una de las más importantes conquistas de la lucha contra ETA fue la portada de los medios. Hubo un tiempo en que los asesinatos de la banda no se consideraban lo suficientemente relevantes como para abrir una portada o un boletín. Hay varios y prolijos motivos; el más desolador de todos, la industrialización del crimen que ETA llevó a cabo en los años de plomo. Ocurre que un medio jerarquiza las noticias y, al jerarquizar, conciencia sobre ellas. Cuando el despliegue mediático fue absoluto y los atentados ocuparon las cinco columnas de la portada, todavía había dos asuntos de los que a menudo no se informaba, quizá por pudor. Uno era el destrozo físico de las cosas, los cuerpos, el olor que dejaban las bombas, los miembros amputados, la sangre; otro, los vivos. De estos dos asuntos habla este libro. El primero para presentarse; el segundo para no tener que despedirse.

Los vivos son los grandes desatendidos de los atentados de la banda terrorista ETA. Son muchos, anónimos, y solían despacharse en rápidas líneas incómodas: «Deja mujer y dos hijos» o, como en el caso que nos ocupa —un matrimonio y su hija de siete años, muertos—: «Dejan dos hijos, deja dos hermanos». No se estilaba, por ejemplo, el «Dejan padres», a pesar de que una de las cirugías sociales de ETA era dejar a padres sin hijos, ni poner nombres y apellidos, ni darles voz. Tampoco estaban para darla. Se necesita tiempo y paciencia para el seguimiento de una noticia tan extraordinaria, esa en la que un día, cuando estás

en la cama, una bomba parte tu casa por la mitad, parte tu familia por la mitad e invariablemente tu vida.

Este libro empieza describiendo lo que significó ETA en España, desde el olor hasta la náusea, y lo hace por boca de los mejores testigos: dos niños tumbados en su cama y asomados al vacío tras la bomba que destrozó la casa cuartel de Zaragoza. Ese vacío persiste treinta años después y se ha llenado de soledades, duelo, alcohol y traumas. Este libro se ocupa con extraordinaria crudeza de los vivos y de lo que queda de ellos. Este libro les da voz, los pone en marcha. La periodista Pepa Bueno enciende la luz sobre la familia Pino, lo que un día fue la familia Pino y lo que es hoy, y al hacerlo y recorrer su biografía el lector recorre dos líneas de tiempo. Una escrita: la vida que es; otra entre líneas, la vida que pudo ser y que se quedó congelada el 11 de diciembre de 1987. ETA mató a once personas en Zaragoza ese día y dejó ochenta y ocho heridos. Debajo de esos números y de otros números, de esos escombros y de otros escombros, emerge este libro en un país en el que más de la mitad de los jóvenes no saben quién es Ortega Lara ni quién fue Miguel Ángel Blanco. También es eso este libro: una herramienta de precisión contra el olvido.

MANUEL JABOIS

El atentado

Todo el mundo me dice que es imposible que mi madre nos dijera eso desde debajo de los escombros y que yo pudiera escucharla con el jaleo que había. Pero yo la escuché.

06.13 horas del 11 de diciembre de 1987

JOSÉ MARI: Estaba en mi cama, soñando que jugaba al billar americano con otro que no sé quién era. Me acuerdo perfectamente de aquel sueño. Me tocaba a mí abrir las bolas y cuando le di a la blanca... ¡Bum! Sentí una enorme sacudida. Abrí los ojos y solo veía una nube de polvo, estaba oscuro, llovía en mi cara y había un olor muy intenso, muy penetrante, que entraba hasta los pulmones. Luego supe que era el olor del amonal, ese olor tan intenso a azufre y amoníaco, que se te queda pegado para toda la vida. Pero en aquel momento no tenía ni idea, todo era extraño, alucinante. No se veía nada, solo ese olor y el polvo, mucho polvo, y la lluvia empapándonos. Se escuchaba la sirena del cuartel sonando a toda leche: sonaba, sonaba, no paraba de sonar. Pero también escuchaba los chillidos de gente que lloraba, que daba alaridos o que pedía socorro.

Yo tenía trece años y tuve clarísimo que aquello era un atentado porque ya sabía que había gente que ponía bombas. No sé cuánto tiempo pasó, pero cuando la nube de polvo empezó a disiparse, miré al frente y lo que vi era increíble, aterrador: no había nada, nuestra casa había des-

aparecido, la habitación de mis padres y la de mi hermana Silvia... ¡no estaban! Vivíamos en un tercer piso, pero todo se había caído y debajo solo había escombros. Di un respingo, me pegué al cabecero y miré a mi hermano Víctor, que tenía once años y compartía habitación conmigo. Su cama se había partido en dos, pero él seguía allí, justo en el trozo que seguía en pie, a mi lado. Le dije: «¡Quieto ahí!». Estábamos cada uno en nuestra cama —la mía entera, la suya solo un trozo—, suspendidos en el vacío, en apenas un metro de suelo, mojados y llenos de cascotes. Víctor parecía no entender nada y me preguntaba: «¿Qué ha pasado, José?». El piso de arriba tampoco existía, solo el cielo y la lluvia y el olor y las sirenas y los lamentos. Nosotros también gritábamos: «¡Mamá, mamá!». Y entonces yo lo escuché, yo escuché a nuestra madre que decía: «Hijos míos, no os mováis». Me llegó de debajo de los escombros... Y nosotros, al escucharla, gritábamos más fuerte: «¡Mamá, mamá!», pero yo no respondí.

VÍCTOR: Sí, te he escuchado contar eso de mamá otras veces, pero yo no la oí. Y yo no tenía ni idea de ETA, ni de que había gente que ponía bombas; no tenía ni puta idea, era un niño que vivía con su familia. Punto. Solo recuerdo que me desperté y lo primero que vi es lo que quedaba de nuestra habitación... ¡Nada! Las luces de los bomberos y ruido por todos lados, las sirenas... Ese rato se me hizo moggollón de largo, muy largo. Es que apenas veías por la oscuridad, por el humo y aquel olor. ¿Y dónde cojones estoy? No sabía bien dónde estaba, tenía encima una de las maderas del armario, y veía a José con una pierna doblada y su cama como un tobogán que no sabía si iba para abajo o para arriba... Y él solo me gritaba: «¡Quieto ahí, quieto ahí, quieto ahí!».

JOSÉ MARI: Pegado al cabecero de la cama, oía las voces de los guardias, de los servicios de urgencias, de los rescatadores y también las de los otros chicos que vivían en el cuartel. Y vi correr entre los escombros a un compañero de

juegos del cuartel, otro chaval que perdió allí a su padre, a su madre y a su hermana. Iba saltando por los escombros. Yo no sé cómo saldría de debajo de dos pisos. Corría pegando respingos sobre los cascotes, llamando a gritos a su madre y a su padre.

VÍCTOR: No sé calcular cuánto tiempo estuvimos así, pero a mí me pareció mucho, hasta que por el lado derecho de lo que había sido nuestra habitación apareció, con mucho esfuerzo, un hombre, creo que era un bombero, y se llevó a José. Me quedé solo; debió de ser un minuto, pero a mí se me hizo eterno. No debía de pensar en nada, solo temblaba y miraba al vacío, hasta que otro bombero llegó a rescatarme y me llevó en brazos por las escaleras destrozadas, eso sí lo recuerdo. Todo se iba derrumbando a nuestras espaldas. Al salir le dijeron que no volviera a entrar por allí, que todo se caía. Ya fuera, me dejó en el suelo sobre los escombros. Íbamos descalzos, claro, y me hice un corte pequeño en el pie.

JOSÉ MARI: Fuera había un paisaje de guerra: los autobuses oficiales destrozados y quemados, pura chatarra echando humo en medio del caos. El edificio seguía derrumbándose y la gente corría de un lado a otro... Empezaba a amanecer. Nos metieron en una ambulancia a los dos. Yo tenía una pierna rota; no lo sabía entonces, claro, pero al apoyar me di cuenta de que no podía caminar. Hicimos el trayecto al hospital en silencio, sin hablar, ni nos preguntamos por nuestros padres, ni por nuestra hermana, ni por lo que había pasado. Callados, como ausentes mientras se iba haciendo de día, solo se oía la sirena.

VÍCTOR: Estábamos flipando.

JOSÉ MARI: Y al llegar al hospital, la primera imagen que recuerdo es la de una vecina de los pisos de enfrente, toda ensangrentada, con una bata de esas antiguas, de floripondios, con un cristal muy grande clavado en el cuello. Estaba en una esquina del pasillo, callada. Solo nos miraba fija-

mente. ¿No te acuerdas, Víctor? Pues nos miraba fijamente a los dos, estaba como ida, con el cristal clavado. Esa imagen también se me quedó para siempre.

VÍCTOR: No me acuerdo, qué va. Para mí lo siguiente es ya la habitación del hospital y que seguía flipando; nadie nos decía nada, y a mí, que estaba siempre pegado a las faldas de mamá y allí no conocía a nadie, me daba mucho miedo.

JOSÉ MARI: Yo llegué a la habitación más tarde porque me llevaron a curarme. Además de la pierna rota, tenía un golpe fuerte en la cabeza. Me desmayé y cuando abrí los ojos de nuevo estaba ya con un hierro en la pierna, escayolado, en la habitación contigo y con Pablo, un guardia civil muy joven de la patrulla todoterreno del cuartel. También estaba herido y le habían puesto un collarín cervical. Él sabía perfectamente quiénes éramos y sabía perfectamente lo que había pasado. Trataba de distraernos con tonterías y nos llamaba por el apellido de mi padre, pero con diminutivo: «¡Venga, Pinillos!». Alguien puso la tele en la habitación de al lado y empezaron a hablar del coche bomba en Zaragoza. Pablo salió disparado y gritó en mitad del pasillo: «¡Quitad esa puta televisión ahora mismo!».

VÍCTOR: Ahora que hago el esfuerzo de pensar, recuerdo que lo que me asustaba era que no venía nadie a por nosotros; me parecía que llevábamos muchas horas allí y ni mamá ni papá aparecían por la puerta a recogernos, ni nadie de la familia. No sé, a mí se me hacía muy largo y no acababan de venir... Era como si estuviera esperando que aquella broma se acabara ya.

JOSÉ MARI: De la familia no aparecía nadie, pero vino mucha gente a vernos: profesores del colegio, compañeros de clase, guardias civiles. Los que no aparecían eran mis padres ni mi hermana Silvia. Cada vez que se abría la puerta de la habitación, levantábamos la cabeza como un rayo para ver si eran ellos, pero no, era una enfermera o alguna

visita que nos hablaba de cualquier cosa menos de la cosa que nosotros estábamos esperando. No sé de qué iban aquellas conversaciones, solo que no iban de qué pasaba con el resto de nuestra familia. Yo, en el fondo, pensaba que estaban muertos. Solo tenía trece años, pero sabía que los tres se habían quedado allí, debajo de los escombros, y que mamá ya no respondía al final cuando la llamábamos. Lo sabía, pero no dejaba de mirar a la puerta esperando el milagro, esperando que en cualquier momento asomara la familia que se había ido a dormir la noche antes en el piso del cuartel.

VÍCTOR: Yo no tengo recuerdos de la noche anterior; tampoco me he puesto nunca a recordar, pero si me pongo ahora, si lo intento, nada, cero, como si no hubiera existido esa noche.

JOSÉ MARI: Yo me acuerdo perfectamente de una cosa. Le pedí a papá las llaves del coche para ir a coger un balón que tenía que inflar, y tenía que hacerlo a esas horas porque un compañero me había dejado el pincho para inflarlo. Pero todo lo demás lo supongo. Supongo que cenaríamos los cinco si papá no tenía turno raro, supongo que estaríamos a vueltas con los deberes, para lo que siempre remoloneábamos, y que nos darían el beso de buenas noches, como siempre hacían. Y a dormir, esperando los planes del fin de semana porque era viernes. Era una noche cualquiera, 10 de diciembre..., un día cualquiera. Fíjate que, en algún momento de aquellas horas en el hospital, después de la bomba, me acordé del pincho para inflar el balón, pensé que ya no lo podría devolver a mi compañero y que quizás se enfadaría. Ya ves qué tontería, si lo habíamos perdido todo.

VÍCTOR: Desde hace un tiempo le doy vueltas a una cosa: qué jóvenes eran mamá y papá cuando les pasó eso. Ahora nosotros tenemos más años que ellos aquel día.

JOSÉ MARI: Cada vez que cumpla años lo pienso. Eran más jóvenes que nosotros ahora. Tenían treinta y nueve y cuarenta años.

VÍCTOR: Ah, yo creí que tenían treinta y siete y treinta y nueve, no sé, como nunca he querido detenerme en los detalles... Más jóvenes que nosotros, de todas maneras. Silvia tenía siete, y tú y yo trece y once... Es que éramos unos críos, joder, y estábamos allí solos en aquel hospital, más asustados que la leche, flipando y sin que nadie nos dijera nada, y sin que apareciera nadie de la familia hasta el día siguiente.

JOSÉ MARI: No. Llegaron ese mismo día. El abuelo, el padre de nuestra madre, llegó como a las seis de la tarde. Venía desde Talavera de la Reina, pero tampoco nos aclaró nada. Se acercó a mi cama y me dijo: «Papá está muy mal» y no mencionó ni a mamá ni a Silvia. Ni ese día ni nunca nos dijo que papá, mamá y nuestra hermana estaban muertos. ¡Nunca jamás! Ni una conversación para explicarnos lo que había pasado. A los cinco minutos de llegar el abuelo, entró un primo de nuestros padres que no conocíamos, o por lo menos no lo recordábamos. Nos dieron el alta médica y nos montaron en el coche de este primo y nos pusieron en viaje desde Zaragoza a Talavera, seiscientos kilómetros de los de entonces. A mí, como iba escayolado, me sentaron delante, en el asiento del copiloto. Mi abuelo y Víctor detrás. Solo recuerdo silencio y oscuridad. De vez en cuando se escuchaba llorar a mi hermano. Me dolía la pierna y también me echaría algún lloro, supongo. No recuerdo que nadie me consolara. Solo silencio y carretera.

VÍCTOR: Y ya siempre el silencio, también entre nosotros dos. Crecimos sin hablar nada de esto. Nada, nada, ni una palabra, como si no hubiera pasado. Nos ha costado la hostia.

JOSÉ MARI: De lo que pasó aquel día no hemos hablado tú y yo hasta hace tres años.

VÍCTOR: Y cuando empezamos a hablar no éramos capaces de decir papá o mamá.

JOSÉ MARI: Ni siquiera podíamos mirarnos mientras hablábamos.

España, 1987

*Yo no tenía ni idea de ETA, ni de que había gente que ponía bombas; no tenía ni puta idea, era un niño que vivía con su familia.
Punto.*

El año en el que los doscientos cincuenta kilos de amonal terminaron con la familia Pino Fernández, muchas cosas comenzaban en el mundo. En España, Felipe González emprendía su segundo mandato tras haber revalidado un año antes la mayoría absoluta en las urnas, aunque había pasado de 202 escaños a 184. En Alianza Popular, Antonio Hernández Mancha iniciaba su breve liderazgo como presidente del partido tras la renuncia de Manuel Fraga. Nuestro país acababa de entrar en la Comunidad Económica Europea y había decidido en referéndum su permanencia en la OTAN. En 1987, Sanidad impuso por primera vez en nuestro país la obligación de hacer análisis de sida a todas las donaciones de sangre, Riaño desapareció bajo las aguas del último embalse planificado por Franco y la Fiscalía se querelló contra Lola Flores por fraude fiscal, porque Hacienda empezábamos a ser todos. *Los Simpson* se estrenaron como serie de animación en Estados Unidos y la ONU confirmó que por encima de la Antártida se estaba abriendo un agujero en la capa de ozono. El mundo seguía su marcha, mientras en Zaragoza se certificaba el final de un

proyecto de vida, que dejaba dos huérfanos a la intemperie.

Todos en la diana

Aquel año también, el 19 de junio, ETA cometía el atentado más sangriento de su historia. Asesinó a veintiuna personas con un coche bomba en el Hiperpor de la avenida Meridiana de Barcelona. Hirió gravemente a cuarenta y cinco personas más. Era un viernes a mediodía y decenas de familias hacían la compra. La banda inauguraba los atentados masivos indiscriminados. Hasta entonces estaban en su diana militares, empresarios, policías y guardias civiles, y ahora se trataba de que el miedo alcanzara a cualquier ciudadano. Todos podían estar encima, al lado o debajo de una bomba al realizar cualquier tarea cotidiana. Hacer la compra, por ejemplo, un viernes después de una larga semana laboral. El espanto que provocó el atentado de Hiperpor fue de tal calibre que los propios terroristas se dedicaron después a difundir teorías sobre que ellos avisaron a tiempo de la explosión. Como si fuera posible exculparse de meter semejante cargamento de muerte en el aparcamiento de un hipermercado.

Lo que habían pretendido, en realidad, era presionar, con muchos muertos sobre la mesa, la negociación con el Gobierno. En ese momento, no había negociaciones, pero sí contactos en Argel entre representantes del Ejecutivo de Felipe González y un grupo de dirigentes de ETA expatriados en ese país. Sobre las expectativas que podían generar esos contactos, el portavoz del Gobierno, Javier Solana, declaraba en el mes de septiembre: «Hay, ha habido y seguirá habiendo contactos con ETA para que deje las armas y deje de seguir matando; pero que pierdan toda esperanza los terroristas y sus adláteres de llegar a una negociación política, porque esa posibilidad está absolutamente descartada».

En el mes de septiembre de 1987, por tanto, ETA ya había demostrado que estaba dispuesta a matar indiscriminadamente y el Ejecutivo que estaba dispuesto a negociar su final sin contrapartidas políticas.

En el mes de septiembre del 87, los Pino Fernández volvían a la rutina de todas las familias con niños pequeños, la que marca el final del verano y el regreso al trabajo y la escuela. Habían disfrutado de las vacaciones del padre —el permiso, se decía entonces— viajando al sur, a su tierra, a Talavera de la Reina, en la provincia de Toledo. Vacaciones de mucho calor y mucha familia, de libertad para los niños y reencuentro para los mayores. Los que se habían ido del pueblo o la ciudad, regresaban en verano con sus niños hablando con un acento que los convertía en los primos forasteros. Días de vinos, cañas y Fantas, raciones de calamares y canciones del verano.

DESPUÉS, LOS CINCO EMPRENDIERON EL CAMINO DE
VUELTA A LA TIERRA DEL CIERZO, SIN SABER QUE ERA
LA ÚLTIMA VEZ QUE LO HACÍAN, AJENOS AL CERCO
MORTAL QUE SE IBA ESTRECHANDO EN TORNO A
ELLOS.

El 5 de noviembre, la mayoría de los partidos representados en el Congreso de los Diputados firmó el Acuerdo de Madrid para hacer frente al terrorismo. Eran nueve en total, incluidos los vascos, del PNV a Euskadiko Ezkerra, partido de extrema izquierda proveniente del mundo de ETA durante la Transición y cuya evolución concluyó al integrarse en el Partido Socialista de Euskadi en 1993. El Acuerdo de Madrid fue el embrión del que meses después firmaron, por primera vez, todos los partidos democráticos vascos en el País Vasco, el Pacto de Ajuria Enea, considerado como el embrión de la derrota política de ETA.

Un mes después del Acuerdo de Madrid y siguiendo la senda que inició en Hipercor, ETA perpetraba el ataque a la